

ORIGEN DEL PERIODISMO

Por el *Lic. Salvador MARTINEZ MANCERA.*

Puede afirmarse que la divulgación regulada de la noticia, origen del periódico, se realiza hasta que Hans Gonsfleisch von Surgenloch (a) Juan Gutenberg, asociado con el joyero maguncino Juan Fust y el impresor Pedro Schöffer, perfeccionaron la prensa, mejorando también el material del impresor, con tipos de madera movibles (S. xv). Sin tan portentoso adelanto, no se hubiera conformado el periodismo tal y como ahora lo conocemos.

Anteriormente, la noticia manuscrita había aparecido y circulaba de acuerdo con las circunstancias y medios de que podía disponer su autor.

* * *

Dice Georges Weill en su obra *El Diario* "que es imposible asignar una fecha de nacimiento a la noticia manuscrita. Una ordenanza real contra los propagadores de noticias falsas, dictada en Inglaterra en 1275 y confirmada en 1378, será invocada en 1682 contra un periodista puesto en libertad por el jurado. Desde muy pronto la noticia manuscrita fue en este país objeto de una verdadera industria ejercida por profesionales que se encargaban de informar a los Jefes de las familias nobles. Se han conservado los nombres de Laurence Minot, en el reinado de Eduardo III, y de Lydgate, en el de Enrique VI; otro, llamado Fenn, fue muy solicitado durante la guerra de las Dos Rosas en la que se debatía la suerte de la aristocracia inglesa".

Sin embargo, en épocas más remotas y en el Oriente, se registran testimonios de un periodismo primitivo, que, si bien no guarda relación directa con el que señala Weill, sí dejó recuerdos del pensamiento del

hombre de su época. En el Museo del Louvre, donde existen documentos de 1,650 años antes de Cristo, hay uno en el cual Rekhamar, Ministro del faraón Thout-mes III, comenta diferentes artículos de un diario oficial que se editaba en Egipto, en relación con misiones que se confiaban a funcionarios del gobierno. Este documento se valora por otros papiros, que atestiguan que Menfis, en tiempos lejanos, poseía una especie de órgano oficial.

Herodoto hace referencia a diarios satíricos dirigidos contra los propios reyes egipcios. Cita el que redactaba un escribano palaciego —quien recibía fuerte suma de banqueros judíos— en cuyos libelos, bajo la apariencia de distraer al público mundano, háblase de los escándalos y orgías del rey Amasis sobre las aguas del lago Meris, como si con ello se quisiese excitar el odio del pueblo contra el Soberano.

Flavio Josefo, por otra parte, asegura que los babilonios tenían cronistas encargados de relatar, día a día, los acontecimientos, y sin embargo, en la libre democracia de la antigua Grecia, no aparecen testimonios escritos, ni acaso se sintió esta necesidad, pues los helenos se comunicaban de viva voz las noticias y las comentaban sin temor de ninguna clase.

Demóstenes habla de que los griegos en el Agora, se preguntaban unos a otros: ¿qué novedades hay? Y que esto era común y corriente en las repúblicas urbanas de la Hélade. Los helenos se reunían en las plazas públicas, para comentar las noticias, lo mismo políticas que judiciales.

Pero por si no les bastaran las plazas, tenían las academias, gimnasios y baños públicos, para enterarse de los sucesos más salientes.

Roma no distó mucho de la vida griega. Sus “Acta Pública” y “Diurna” de que habla Tácito en “Anales” de los “fastos” o apuntes históricos, se sumaron a las habladurías de tiendas, barberos y perfumistas, solo que las “actas” tenían el sello oficial, puesto que provenían del conocimiento que las autoridades tomaban sobre los hechos.

En China es necesario acudir al “King-Pao” —la Gaceta de Pekín—, órgano del Imperio, que no tuvo circulación alguna, y que fué una manera de recopilar las disposiciones de los emperadores.

Por lo tanto esas tabletas, cilindros y monumentos de Nínive y Babilonia, los manuscritos zendos, parsis y pehlvis, y los papiros, jeroglíficos, estelas, mausoleos y bajorrelieves de las ciudades del valle del Nilo, nada ofrecen de común con el periodismo verdadero. Las mismas “Acta Senatus”, y “Actas diurna populi romani”, cuya redacción se hacía sobre tablas enceradas que se exponían al público, con derecho a

sacar copias que se enviaban a los romanos residentes en las provincias, eran documentos oficiales, funciones propias de los Poderes Públicos, utilísimas hoy para la investigación histórica; pero que ciertamente, no tienen relación alguna con las manifestaciones de un periodismo incipiente. Sería igual que si estimáramos que había periodismo en un país cuando un gobierno sólo tolerase la publicación de “Gaceta” o “Diario Oficial”...

Este arte magnífico que tanto ha contribuido a la libertad y al progreso de los pueblos, tenemos que estudiarlo a partir del siglo xv, como digo al principio, cuando la imprenta, con sus tipos móviles, encuentra en el genio del impresor de Maguncia, las alas para sus vuelos.

Durante la Edad Media, cuyo ambiente hizo desaparecer las “Actas”, además de las barberías fueron los pórticos de los templos los que sirvieran para que palmeros y romeros, relataran sus andanzas y refirieran lo que habían visto en sus peregrinaciones. Muchos de ellos llevaron las más estupendas noticias sobre esas expediciones religioso-militares que se llamaron Cruzadas. Y puede decirse, que a esos individuos debe considerárseles como los precursores del reporterismo.

“En el siglo xv —apunta Weill— la noticia manuscrita tuvo aún mayor importancia en los dos países más divididos y agitados de Europa, Alemania e Italia. Era ésta, el centro principal de la vida intelectual y social; la Iglesia, la aristocracia y la burguesía, rivalizaban, dentro de sus ciudades en esplendor, en gusto por las letras y las artes, en interés por las cosas exteriores; como las clases altas italianas estaban mezcladas en todos los grandes acontecimientos del mundo, tenían necesidad de conocerlos bien. Esta intensa curiosidad encontró los hombres que la satisficieran, mercaderes de noticias hábiles para recoger los informes que ciertos personajes ricos y potentes no vacilaban en pagar muy caros. Venecia era la ciudad mejor situada para esta clase de comercio. La gran república mercantil, cuya primacía no le había sido aún arrebatada por españoles y portugueses, mantenía relaciones con todos los países; sus patricios, sus gobernantes buscaban las informaciones más precisas y detalladas posibles. Los mercaderes de noticias hacían cuanto podían para facilitarles estas informaciones por medio de “avvisi” manuscritos. Su clientela fué extendiéndose fuera de Venecia, pero luego encontraron, dentro del Sacro Imperio, noticieros tan hábiles como los italianos para interrogar a mercaderes, peregrinos, viajeros y oficiales de lansquenetes. Los Fugger, poderosos banqueros de Augsburgo, concedían tanta importancia a esto, que quisieron tener un servicio de noti-

cias particular. Al principio del siglo XIX los Rothschild pusieron en práctica, con buen éxito, esta misma idea.”

Y cuando la noticia impresa llegó a disputarle el mercado a la manuscrita, no la hizo desaparecer del todo, sino que las dos coexistieron durante el siglo XVI.

Todavía en la actualidad, pese al tiempo transcurrido y a la afluencia de órganos periodísticos impresos de toda laya, existen en México ciertas “cartas semanales”, “Informes de los Negocios”, “Bip’s”, etc.

La aparición de los periódicos impresos, por otra parte, fue muy lenta en aquella época, pues se requirió mucho tiempo para que el adelanto maguncino permitiera construir y multiplicar las prensas. Por eso muchas ciudades no las tuvieron, sino tardíamente, y además fueron monopolizadas por las autoridades civiles y religiosas. Esto sirvió, para que los redactores de manuscritos siguieran siendo preferidos por muchos personajes, puesto que les inspiraban mayor confianza que las noticias que aparecían en los periódicos tendenciosos.

Se conservan algunas colecciones de estas venerables hojas manuscritas, abuelas de nuestros periódicos, y entre ellas, las más importantes, provienen de los Fugger. En la Biblioteca Nacional de Viena existen veintisiete volúmenes que corresponden a los años comprendidos entre 1588 y 1605. Y en la del Vaticano, pueden encontrarse a las de los 1554 a 1571, también de Ulrich Fugger.

Otra colección que conserva el Vaticano, son los *avvisi* que recibían los Príncipes de Urbino —1572 a 1642—, como los que enviaran a Giovanni Pinnelli, rico bibliófilo de origen genovés —1575 a 1585—, *avvisi* que contenían noticias tan interesantes como la rebelión de los Países Bajos contra Felipe II. Y en ese siglo XVI, pese a la aparición de la imprenta, seguimos encontrando hojas manuscritas, lo mismo en Venecia que en Alemania o Inglaterra. Durante la época del reinado de Isabel, un tal Rowland White era muy solicitado por la veracidad de sus informaciones, como en la de Jacobo I, se disputaban tal honor el geógrafo John Pory, Thomas Locke y John Chamberlain, éste último informador acreditado del embajador Dudley Carleton.

Lutero calificaba por esa época a la ciudad de Nuremberg, “ojo y oído de Alemania”, y un patricio llamado Christian Scheurl, enviaba frecuentemente cartas detalladas a un gran número de notables del Imperio con quienes conservaba buenas relaciones. De esas cartas consideradas como verdaderas gacetas manuscritas, se conservan las correspondientes a los años de 1512 a 1537.

Al hacer Melanchthon de Witenberg, la capital intelectual del protestantismo germánico, salían desde su residencia, además de escritos teológicos, noticias que eran muy solicitadas por los príncipes luteranos.

Claro está que la función del informador, como todo proceso humano, pasó de la generosa espontaneidad, al lucro y al chantaje. Y es así como cuando Carlos V y Francisco I que pugnaban por “una buena prensa” se vieron confundidos por los elogios del Aretino, posiblemente el primer chantajista que apareció en la causa del periodismo, puesto que éste sujeto, lo mismo mantenía correspondencia con esos dos monarcas europeos, que lo hacía con el turco Barbarroja, traicionándolos a los tres, amén de obtener de ellos dinero por sus intrigas.

Fue tan magnífica la profesión de estos noticieros, que algunos llegaron a tener oficinas muy bien organizadas, como Jeremías Krasser en Augsburgo, quien juntamente con Schiffler, trabajó para los Fugger y para otros clientes, como lo hiciera Hubert Languet, para los electores de Sajonia.

Refiere un observador del siglo xvi que vió en Hamburgo un despacho de noticieros, donde diplomáticos y muchos hombres notables iban a procurarse noticias manuscritas o impresas.

Sin embargo, fue en Italia, donde más que en ninguna otra parte se vulgarizó el negocio de las *fogli a mano*. En Venecia se vendían públicamente en la tienda del Rialto, y era tal la cantidad de personas que vivían de esas hojas, que pronto fueron poniéndole a cada una un nombre para distinguirlas. Así fué como aparecieron *novellanti*, *rapporristi*, etc., hasta llegar a *gazettanti*, posiblemente degeneración de la moneda veneciana *gazetta*, que acabó por darle el nombre común y corriente a la Gaceta que habían de adoptar los periódicos impresos, en algunos países.

No está por demás señalar que una de las primeras víctimas del periodismo de esa época fué Niccolo Franco, a quien el Papa Pío V, mandó ahorcar, no sin antes haber tronado contra los redactores de noticias que le eran hostiles, como también contra cardenales u obispos que no abrazaban su causa. Y como el mal no se detuvo con ese castigo ejemplar, expidió la Bula *Romani pontificis proventia* o sea la Constitución contra los fabricantes de noticias.

Gregorio XIII no fué menos riguroso que su antecesor Pío V, y no conforme con su bula, expidió la suya, *Ea est*, en septiembre de 1572, condenando a los hombres que, ilícitamente curiosos, recogían y redactaban toda clase de noticias, falsas o verdaderas. La pena que se les imponía a los contraventores, era la de ser enviados a las galeras, y fuera

temporalmente o a perpetuidad. Como sufrían igual pena aquellos que no los denunciaran.

Y no conforme con lo anterior, el Papa Sixto V agregó otros castigos, entre ellos el que fué aplicado a Annibale Capello, a quien le cortaron la mano, le arrancaron la lengua y finalmente lo ahorcaron por “embustero y calumniador”.

Los castigos no contuvieron la libertad de expresión y el papado, impotente para frenarla, acabó por adoptar cierta tolerancia.

Los nombres de las hojas manuscritas pasaron a servir a las impresas. Y pronto en aquellos países donde se adoptó el descubrimiento de Gutenberg, era común y corriente encontrarse con las Zeitung, Gacetas, Correos, etc.

Una Zeitung impresa en Augsburgo daba la noticia de cómo los turcos atacaron a la Iglesia cristiana; otra reseña las operaciones de los hugonotes contra Enrique III, y no faltó la que describiera un huracán.

Corresponde a Abraham Verheven en Amberes, con su noticiario, sus ilustraciones de actualidad, en 1605; y Jean Carolus, en Estrasburgo, con su Ordinary Avisa, en 1609, el lugar de verdaderos *pioneros* que, venciendo dificultades, ofrecen hojas y cuadernos informativos, preludios de lo que más tarde consideraríamos nuevo poder en manos de la ciudadanía, y que nos dió en Teofrasto de Renaudot, servicios de indudable utilidad, medios de facilitar transacciones comerciales con la oferta y la demanda, las ventajas del anuncio y un noble espíritu de simpatía hacia las clases desvalidas. Había en Renaudot fuerza y temperamento, ansia creadora; y aunque recibiese inspiraciones directas de Luis XIII y de Richelieu, hasta el caso de considerársele el primer periodista al servicio de un gobierno, también la oposición posible de aquella época absolutista tuvo el apoyo de su lado, llegó a calar en la conciencia de su tiempo, y a presentir la importancia de sus labores editoriales.

A partir de este francés tan curioso —dice Antonio Iraizoz— tan polifacético, pues era médico, químico, agenciero de criados, filántropo, historiador, pero sobre todo, periodista, vemos en su Gaceta los horizontes futuros de la prensa. Ya no es la mera información, los aspectos de la vida material, sino que se registran en sus folletos semanales los derroteros de la política y de la diplomacia, la diversidad de lecturas que promueven el interés colectivo y orienta a la nación en sus luchas y aspiraciones. Dícese que hasta el propio rey de Francia y su gran Ministro el cardenal Richelieu, colaboraron sin firmar. Y es posible que el segundo, con su genio político extraordinario, viera ya en la

empresa de Renaudot un órgano más para el estímulo del amor a Francia, cuya potencia nacional creaba con altivo pensamiento y fuerte mano.

Y aunque puede Alemania vanagloriarse de la aparición, en distintas ciudades suyas, de hojas impresas contemporáneas o primeras que las de Verheven o Renaudot, nunca ellas llegaron a tener la trascendencia, la difusión, el mérito de la universalidad de materias, que distinguen las publicaciones flamencas o francesas, porque además de la función informativa de éstas, hubo la doctrina que hizo ver la importancia futura del periodismo.

La cronología del periodismo le señala a Inglaterra un lugar posterior al de Holanda. A sus "Papeles Nuevos", siguieron los "Mercurios" y fueron dando lugar a otros nombres, algunos de los cuales se conservan como el "Times".

Pronto el Viejo Mundo y algunas colonias de países conquistadores, habrían de aceptar el beneficio de la información periódica, entre ellas los EE. UU., que al poco tiempo harían de ésta verdadera industria.